

El oro de los sueños. La literatura juvenil hispanoamericana

por Arturo García Ramos

Letra Internacional n° 102, Primavera 2009

Qué puede importar más que la creación de una mente imaginativa y creadora, capaz de soñar con las sombras del pasado y de edificar con sólo el pensamiento prefiguraciones de lo que podría ser el futuro, el nuestro y el de los otros. ¿Puede una sociedad vivir sin imaginar? Siempre hemos sabido que la imaginación es un órgano peligroso. Contra la imaginación hay más prejuicios que elogios. El despeñadero de la razón, la enajenación y la culpa del pecado insondable la han cercado durante siglos. Ahora, tal vez, debemos preguntarnos si en el órgano imaginario se esconde lo que pueda haber aún de rebeldía en nosotros, lo poco que guardamos de pura libertad -y qué prejuicios no habrán acompañado también a esta palabra-.

Hago una llamada al rescate de la imaginación antes de que atrofiemos esa glándula de nuestro tiempo. Convoco a los magos de la palabra, narradores y poetas y quisiera ceñirme a la literatura de Hispanoamérica o Latinoamérica, porque a esa orilla creadora debemos el regreso de la imaginación y la reivindicación de la fantasía desde que en los años 60 un incalificable grupo de narradores y poetas se encargó de hechizarnos con los encantos de una escritura en la que se reconocía que la presencia de lo sobrenatural no es menos ordinaria que lo que consideramos cotidiano y doméstico. Formulemos un reproche a nuestra historia cultural, de la que somos tan responsables como cualquier generación que nos antecedió o que nos sucederá: no hemos cuidado con suficiente esmero nuestra literatura de iniciación. Con mucha razón puede argumentarse que no tenemos un Kipling, un Stevenson o un Verne, pero no es siempre el modelo el mismo y podríamos haber generado fórmulas alternativas y no haberlas descubierto, porque hemos tenido cerrados los ojos para lo que no fuera la literatura adulta o fingidamente adulta. Hemos condenado la imaginación en aras del realismo y hemos rechazado, por banal, la aventura. Vicente Huidobro decía que el cristianismo nos había impuesto una visión patética y triste de la existencia, tal vez nos ha inclinado a observar el puro juego como algo maléfico o repudiable y el placer como una conducta en contacto con el mal, pero sin llegar a conclusiones muy dramáticas podemos recordar la reflexión de Borges que su amigo Bioy Casares le escuchó el 3 de septiembre de 1951: «Me he pasado la vida discutiendo contra la opinión general (que Cervantes es superior a Quevedo, que en las novelas los caracteres son más importantes que la trama, que el policial es un género inferior), contra la opinión que ahora sustento». Nos interesa la última parte, la que quiere reivindicar el valor que concedemos a la trama, a urdir argumentos, a desarrollar acciones. El escritor argentino había defendido todo eso en el prólogo a la novela de su amigo Bioy, *La invención de Morel*, y, sin embargo, no dio el paso definitivo de reivindicar esos mismos supuestos que defendía en la literatura escrita en español. Borges, tan culpable de que hoy nos gusten Stevenson, Chesterton o la novela policial, tan culpable también de que no hayamos tenido en más al uruguayo Horacio Quiroga, del que opinó que escribió lo que ya antes había escrito mejor Kipling. Pero a salvo de esas inconveniencias le debemos la defensa de la fantasía, de Poe, de Stevenson, cuando lo «inteligente» en la novela internacional era escribir evitando cuidadosamente toda anécdota, todo argumento.

Cabe reprocharle, sin embargo, que él, tan proclive a las antologías y colecciones, no adujera los títulos que en su opinión podrían haber educado el placer de leer en los jóvenes de lengua española. ¿Cuáles son los libros imprescindibles para la formación de lectores niños? Siempre se repite la anécdota en que afirmaba que la lectura es una felicidad y por eso no es posible obligar a nadie a leer, porque no es posible obligar a nadie a ser feliz. Sin embargo, cuántas veces la felicidad es algo aprendido y qué feliz se puede ser aprendiendo.

Hasta profetas de la lectura tan populares como Daniel Penac han juzgado que «el verbo leer no soporta el imperativo» y, sin embargo no nos resignamos a creer que pudiera brotar de un modo espontáneo en quien jamás ha tenido una experiencia como lector. La lectura es una iniciación -pido perdón- como el vino, el cigarro puro o la ópera.

Hasta cierto punto podría parecer un sarcasmo que en la literatura norteamericana se eligiera la etapa histórica del Descubrimiento de América como fuente de argumentos de aventuras que contribuyeron a la proliferación de narraciones para jóvenes, hasta el punto de ser conocido el periodo que va de 1885 a 1915 con el nombre de «Edad de Oro». Irving escribió *Vida y viajes de Colón* (1828), en la que se presentaba al descubridor bajo un prisma romántico y aventurero, capaz de llevar la civilización a los salvajes. Hickling Prescott narraba en *La conquista de México* (1847) la historia de un Cortés triunfante sobre un Moctezuma pusilánime. Albion Ober escribió *El último araucano* y *Una historia de aventuras en la isla de Santo Domingo* (1901). Pero lo importante es advertir que la literatura norteamericana concibió casi al tiempo de su independencia una literatura que fuera dirigida a aquellos que se iniciaban en la lectura.

¿No hubo ejemplos semejantes en la literatura escrita en español?

Luminoso siempre, José Martí predicó en favor del lector niño y su prédica es hoy casi un objeto museístico, pero sus palabras resuenan con vitalidad, como casi todo lo que escribió, porque conservan el nervio de lo recién dicho:

«Para los niños es este periódico, y para las niñas, por supuesto. Sin las niñas no se puede vivir, como no puede vivir la tierra sin luz. El niño ha de trabajar, de andar, de estudiar, de ser fuerte, de ser hermoso: el niño puede hacerse hermoso aunque sea feo: un niño bueno, inteligente y aseado es siempre hermoso. Pero nunca es un niño más bello que cuando trae en sus manecitas de hombre fuerte una flor para su amiga, o cuando lleva del brazo a su hermana, para que nadie se la ofenda: el niño crece entonces, y parece un gigante; el niño nace para caballero, y la niña nace para madre. Este periódico se publica para conversar una vez al mes, como buenos amigos, con los caballeros de mañana y con las madres de mañana; para contarles a las niñas cuentos lindos con que entretener a sus visitas y jugar con sus muñecas; y para decirlas a los niños lo que deben saber para ser de veras hombres. Todo lo que quieran saber les vamos a decir, y de modo que lo entiendan bien, con palabras claras y con láminas finas. Les vamos a decir cómo está hecho el mundo: les vamos a contar todo lo que han hecho los hombres hasta ahora».

No es un misterio, pero hoy no es frecuente que alguien identifique el libro para el que estas palabras sirven de introducción. José Martí, autor de un libro de poesía para su hijo (*Ismaelillo*) y de esa revista que primorosamente fue escribiendo él solo y que tituló

La Edad de Oro, fue uno de los primeros en darse cuenta de la importancia de reivindicar la literatura de iniciación. ¿Podría servirnos el escritor cubano de excusa para componer una antología de textos orientados a ganar lectores, textos en que los incipientes lectores velaran sus primeras letras?

Imaginemos una historia de la literatura hispanoamericana escrita para iniciar a los jóvenes en la lectura. Comenzar por el modernismo no sería, tal vez, caprichoso. Olvidemos la importancia del movimiento para los historiadores de la literatura y prediquemos la lectura hedonista. Martí concibió con inigualable encanto algunas ficciones escritas con sencillez aparente y dotadas, sin embargo, de una emoción poética insuperable. Escribió, como Darío, cuentos en verso y en prosa y, lo que es más importante, escribió siempre *naturalmente*, sin impostar un estilo fingido dirigido a caramelizar la sensibilidad de esos implacables «narratarios» que son los niños. Se comprueba leyendo alguno de sus relatos incluidos en la revista que hemos citado, por ejemplo en esa bella versión del rico y el pobre que titula *Bebé y Don Pomposo*. Por su parte, Darío se apropió de la fantasía más refinada y sugirió siempre el acceso a la fantasía ya viniera de la tradición oriental o de la europea. *El caso de la señorita Amelia* nos parece hoy una amarga e inquietante versión del Peter Pan de Barry. Pero los dos principales creadores del modernismo no agotaron las incursiones en la literatura juvenil. Leopoldo Lugones fue inventor de algunos relatos que anticiparon la ciencia ficción. No todos sus cuentos, plagados de complicadas disquisiciones teóricas, son apropiados para iniciar a los lectores noveles, pero sí, creo, la historia tradicional de *El escuerzo* o el extraño caso del mono *Izur*.

Menos conocido es Abraham Valdelomar; su conmovedor relato *El caballero Carmelo*, en el que toda una familia tiene depositada su confianza en un gallo de pelea, gracias al cual espera salir de la pobreza, anticipa la magia narrativa de García Márquez y nos planta cara a cara frente a la realidad inmediata, frente al imperio de las emociones, la bondad, la justicia. El modernismo tiene el prodigioso valor de la multiplicidad, de la ilimitada expansión de la invención poética o narrativa. Si sugiere muchas posibilidades, no deja de interrogarnos acerca de las estrategias que pueden ser útiles en el asalto del lector.

Cualquiera que se plantee aficionarse a leer a alguien piensa de inmediato en que el modo de transmitirlo es el puro juego, el placer, la emoción del vértigo que nos proporciona la aventura o la excitación del miedo y de lo sobrenatural. Es más que probable, que quien aún no sea un lector consumado, conserve virgen su capacidad de sorprenderse; aquí hay una grieta en la coraza de los que se niegan a que la lectura forme parte de su alimento cotidiano. Quisiera revisar algunas estrategias y, de paso, sugerir, los títulos que las ensayan.

He aquí la primera: emocionar. Aún está viva la recomendación de Alejo Carpentier al novelista latinoamericano del nuevo milenio para que hiciese uso del melodrama, como por otra parte él había reconocido que hacía un escritor tan prodigioso como William Faulkner. El gran Augusto Monterroso compiló una *Antología del cuento triste* que respondía a la perfección a los deseos del escritor cubano. Si esa antología se hubiese referido a la historia de la literatura latinoamericana no hubiese omitido el relato de Julio Ramón Ribeyro *Alienación*, o la horripilante historia que Arturo Uslar Pietri nos cuenta en *Los herejes*. El primero narra el deseo de dos amigos de apenas diecisiete años por integrarse en la sociedad norteamericana, o para ser más exactos, de huir de la

pobreza y el atraso que representa para ellos el Perú. Tratan de vestir como norteamericanos, hablar como norteamericanos y, finalmente, de ser norteamericanos cuando viajan como inmigrantes a Estados Unidos. Su final espeluznante es todo un exaltado alegato contra la guerra. El relato del escritor venezolano habla también de la imposibilidad para integrarse en una sociedad pero sin salir de la propia nación, la superstición y el tribalismo son aquí las perversas fuerzas del mal que llevan al sacrificio a un niño al que la comunidad considera el culpable de los males que les sacuden. Uslar advirtió los peligros del racismo y elogió el mestizaje como una de las cualidades de Hispanoamérica no sólo en sus cuentos, también en sus ensayos. Comover mostrándonos la injusticia, la marginación, el mal.

El cuento ha sido tradicionalmente un maravilloso instrumento para hacer sentir, para hacer sentir el bien o lo que creemos que es el bien. Continuator de Martí, el gran César Vallejo escribió algunos relatos que en la antología que imaginamos serían indispensables. Sorprende comprobar que *Paco Yunque*, una de las obras maestras que ha dado la literatura de iniciación en Hispanoamérica, sea tan poco conocida entre los iniciados. Ese relato sobre el niño que va por primera vez al colegio y que sufre el rechazo y la desigualdad es, tal vez, hoy, imprescindible.

Ernesto Sábato o Vargas Llosa han destacado la importancia de leer ficciones para vivir vicariamente otras vidas; cuando leemos nos identificamos con los protagonistas de esas ficciones hasta el punto de que, temporalmente, somos aquellos seres imaginarios, nos convertimos en héroes o villanos merced a la suspensión temporal de nuestra facultad de diferenciar la realidad y la fantasía. Esa capacidad proviene en buena medida del grado de asimilación que se produce entre el lector y el protagonista. Es un hecho, si se quiere elemental, que los niños quieren leer o imaginar historias protagonizadas por otros niños, y los jóvenes por otros jóvenes, y el varón se identifica con otros de su propio sexo como las mujeres se identifican con otras mujeres. La estrategia de la identificación es tan vieja como la propia literatura, y probablemente perdurará siempre. Una modalidad de notable éxito fue el *bildungsroman*, novelas que se sitúan en la frontera de la literatura para adultos, aunque aquí preferimos hablar de literatura de iniciación. Si los jóvenes se identifican con los protagonistas de las historias que leen habrá que proponer la lectura de *Los cachorros*, *Las batallas del desierto*, *De perfil*, *Con Jimmy en Paracas*.

Vargas Llosa es imprescindible, uno de sus relatos más perdurables de esa colección de cuentos protagonizados por los jóvenes que encontrarían su novela en *La ciudad y los perros* es el titulado «Hoy es domingo», en el que dos muchachos arriesgan su vida al arrojarse al mar por un reto juvenil y absurdo, pero romántico y emotivo. Los mexicanos José Emilio Pacheco y José Agustín plantean el mismo asunto: la atracción del joven por la vida adulta que desea le llegue con urgencia, el descubrimiento del sexo, del amor -tal vez por este orden- y el desengaño. *Las batallas del desierto* es una pequeña obra maestra, un relato largo, una novela brevísima, que plantea al mismo tiempo una recreación de la infancia y la intuición de la hipocresía, cuando no de la atroz realidad que rodea a los adultos. Sorprende la escasa difusión de esta obra en España, donde no ha llegado ni a editarse. Lo mismo cabe decir de José Agustín, un maestro de la narración que comandó todo un grupo de novelistas a los que se denominó «la literatura de la onda» en reconocimiento a uno de los cuentos más difundidos del autor, *Cuál es la onda*, la historia de una pareja que se pasa toda la noche en un hotel sin

hacer el amor. Por supuesto, él no estaría de acuerdo con su canonización como jefe estético de un grupo literario, porque rechaza incluso la existencia de ese grupo, pero no cabe duda de que la etiqueta sirve para llamar la atención sobre un grupo de escritores que apenas acababan de abandonar la adolescencia y escribían sobre ella sin recurrir a la solemnidad de estilo que caracterizaba la literatura de la época. Generación «beat», «jipitecas», como quiera que se les llame conformaron una reacción literaria en la década de los 60 y tuvieron que sobreponerse a una fuerte resistencia y el menosprecio de la «inteligencia» cultural mexicana: que escribían sobre «jóvenes, sexo, drogas y rocanrol» fue la crítica más difundida, los atacaban porque entendías que su «onda» era una «plebeyización de la cultura».

¡Y cuándo no ha sido *benditamente* plebeya! Junto a él hubo otro nombre destacado, el de Gustavo Sainz (*Gazapo*, 1965). Su escasa difusión puede haberse relacionado con el uso de una lengua oral de difícil traducción, pero puede objetarse que hoy ese inconveniente es mínimo, que el lector está acostumbrado a proezas mayores. Se difunden constantemente colecciones de libros para lectores muy perfilados, hombres de negocios, amas de casa, consumidores de productos de herbolarios, no estaría de más hacer acopio de todas las novelas que desde los tiempos de *De perfil* tuvieron a los jóvenes por protagonistas, estaban dirigidas a ellos y, en ocasiones, hasta estuvieron escritas por ellos. Ha sido el propio José Agustín quien ha mencionado los nombres de José Revueltas, Salvador Novo, Rosario Castellanos, Elena Poniatowska, Avilés Fabila, Eugenio Chávez, Gerardo de la Torre...

Es evidente que la lectura es tanto más placentera cuanto más activa y que el lector ha dejado de ser un lector pasivo para convertirse en un lector cómplice. La evolución que ha experimentado la fantasía desde principios del siglo XIX hasta nuestro tiempo ha venido marcada por las constantes ingerencias del lector. Al lector que había que contarle todo ha venido a suceder otro al que le gusta adivinar por sí mismo la solución de un misterio. «Todo misterio es superior a su explicación», ha repetido Borges. La literatura fantástica que se escribía antes de que llegara Edgar A. Poe nos disgusta con frecuencia por sus digresiones explicativas. A medida que fue apareciendo el lector cómplice el narrador se fue atreviendo a mayores riesgos, fue callando para que adivinara el lector, fue omitiendo y desordenando para que el lector pusiera cada pieza allí donde faltaba, fue ocultando hasta lo esencial, y sin embargo, el lector estuvo alerta, atento siempre a ocupar cada espacio que el narrador le dejaba. Podemos fijarnos en un cuento que Borges, Bioy Casares y Silvina Ocampo eligieron para formar parte de su *Antología de la literatura fantástica* de W.W. Jacobs, «La pata de mono». Al narrador le basta con sugerir al lector la realización mágica de tres deseos para que buena parte de lo que sucede ocurra sólo en nuestra imaginación. El fenómeno ocupó enseguida el cuento de misterio o el cuento fantástico en la ficción breve hispanoamericana y, de paso, la peninsular, que bajo la influencia de aquella comenzó hacia los años 60 y 70 a volver a incluir lo extraño, lo fantástico o lo sobrenatural entre sus temas predilectos. La estrategia de sugerir lo misterioso y lo sobrenatural pero evitar su explicación es una de las mejores fórmulas que ha encontrado Hispanoamérica para representarse: compleja, mestiza, barroca, inexplicable.

Buena parte de lo que llamamos realismo mágico es consecuencia de esa magia que se ha instalado como cotidiana en la realidad de todos los días. El misterio de la fantasía se ha ido propagando desde el Río de la Plata por todo el continente. Primero fue el grupo de la revista *Sur*, en el que Borges, Bioy y Silvina Ocampo obraron como maestros de

ceremonias. Los escritos del omnipresente Borges nos dejan algunas rutas de acceso para la iniciación en sus compilaciones de *Los seres imaginarios*, o en *La historia universal de la infamia*. Fue, ya lo hemos dicho, un extraordinario agitador de lecturas, instaló la novela policial junto a los clásicos en las estanterías de los salones más prestigiosos y reinsertó la fantasía en la ficción moderna. Bioy y Silvina pueden entenderse como sus dos mejores seguidores. A este matrimonio literario se deben varios méritos. Bioy escribió una obra de ciencia ficción metafísica, *La invención de Morel*, y fue uno de los pocos creadores que se atrevió con la novela fantástica, el cuento tuvo muchos adeptos, pero la novela fue practicada con escasez y desacierto, no hay narradores que podamos oponer en nuestra lengua a Wells o C. S. Lewis. Bioy tampoco compitió con ellos en la invención de mundos imaginarios, pero permitió que lo fantástico asomase en la realidad vulgar en *El sueño de los héroes*. Los personajes de Cortázar fueron dignos representantes de esa tradición. Su primer volumen de cuentos, *Bestiario* y el siguiente, *El final del juego*, deben ser estimados como dos de los libros más importantes para la iniciación en la lectura, para obligar al lector a participar en la ficción -el relato que abre el segundo es nada menos que Continuidad de los parques» en el que sutilmente el lector es la víctima-.

Si alguna razón se puede aducir para que no se haya empeñado antes la crítica en agrupar y ordenar las obras que sirvan para conquistar a los lectores noveles es, sin duda, la escasa atención que se ha dedicado a la aventura. Desprestigiada desde Cervantes en nuestra lengua por arbitraria y superficial, ha tenido que ser la narrativa hispanoamericana la que desde el *boom* ha devuelto a las literaturas hispánicas lo que el crítico Germán Gullón denominó «el maravilloso arte de contar». Intriga y aventura son las estrategias fundamentales para atraer lectores, pero la vocación de aventureros entre los escritores ha sido bien escasa, al menos a la hora de escribir y contar algo a los lectores. Quiroga puede haber sido una excepción, en su vida y en su escritura, sus *Cuentos de la selva* fueron el resultado de alguien que tuvo un contacto muy directo con la naturaleza, y no una mera imitación de Kipling como maliciosamente sugirió Borges. En la estela de la aventura deben insinuarse algunas de las invenciones de García Márquez, su *Relato de un naufrago*, por ejemplo, y algunos de sus impagables relatos -«El ahogado más hermoso del mundo»-. La continuación está escribiéndose ahora mismo, la rama ha crecido tanto que ya casi es un árbol independiente.

La literatura hispanoamericana está llena de palíndromos y de miligramos prodigiosos, ovejas negras y piantados, la fábula ha viajado al centro del continente y también a los extremos. El humor es el medio más efectivo para lograr la *captatio benevolentiae* del desocupado lector, el hermano hipócrita y semejante de tanto autor irónico y transgresor. Basta evocar la sola y simbólica figura de Monterosso para jugar a hacer palíndromos, autobiografías espurias de hombres menudos o microrrelatos de la época de los dino saurios. Su invaluable obra es única pero no está sola, hay relatos de su amigo Arreola, páginas memorables de Otero Silva o Miguel Ángel Asturias y -otra vez- del gran cronopio de la literatura que fue Cortázar.

A Roberto Bolaño le gustaba recordar una frase de Nicanor Parra: «Los tres grandes poetas de la literatura chilena somos Pablo Neruda y yo». Los nombres que configuran la historia de la literatura de iniciación no son ninguno, pero hay infinitos para comenzar a inscribirse.

ARCE. www.revistasculturales.com

Tomado de www.revistasculturales.com/revistas/.../letra-internacional/